

diputados votaron una contestacion, que en términos respetuosos y enérgicos referia el dolor é inquietud que afligian al pueblo francés, y decia que entre la cámara y el ministerio no mediaba igualdad de miras políticas. Aquel acta, que para siempre honrará á sus autores, indignó al rey y á sus consejeros, que decretaron la disolucion de la cámara, y fijaron la convocacion de otra para el 3 de agosto.

Iba por fin á resolverse la gran cuestion del gobierno representativo, aquella en que consiste toda su esencia, esto es, si el rey es ó no independiente de la mayoría de las cámaras, y si puede ó no escoger sus ministros fuera de ella. Quince años de posesion no permitian se arrebatase á los franceses las formas del gobierno representativo: ministros responsables, dos cámaras, votacion de los impuestos y libertad de imprenta. Estas formas hacian ya parte de los hábitos, de los gustos y de las costumbres de la nacion, y todos se habian valido de ellas, así realistas como liberales, así Labourdonnaie como Foy y Manuel. Todos, pues, estaban obligados á defenderlas si eran atacadas, y ya no podia dejar de existir el sistema constitucional. Pero nada era todo esto sin otra condicion, esto es, que el gobierno cediese al voto de la mayoría de las cámaras; porque sin ella, la monarquía no es *representativa*, sino *consultiva*: las cámaras entonces emiten un voto, pero este voto no obliga, y se ven reducidas á un mero sistema de *consejos ó esposiciones*. Destituir el ministerio Polignac, y nombrar otro de la mayoría de 1828 hubiera sido resolver la cuestion á favor de la Francia; pero Carlos X hizo, por decirlo así, alto en este terreno, y en él quiso combatir. Para ello hizo un golpe de estado, y la Francia una revolucion: Carlos X fué consecuente, mas tambien lo fué la Francia.

REVOLUCION

DE 1830.

DISUELTA la cámara, los doscientos-veinte y un diputados que votaron la contestacion al discurso del trono fueron recibidos en todas partes con las mas vivas demostraciones de afecto y entusiasmo. Sucedianse los banquetes patrióticos y las ovaciones populares; sacudia la nacion entera el letargo en que al parecer permaneciera sumida, y cada cual á su manera manifestaba su aversion á un gobierno anti-constitucional. Pero empeñada ya la lucha, hízose este mas compacto aun con el nombramiento de nuevos consejeros, cuyos antecedentes y conducta política quitaban toda esperanza de reconciliacion. Peyronnet, el célebre autor de la *Ley de amor*, ocupó el ministerio del interior (estado); otro ministerio fué creado para el baron Capelle, y Chantelauze y d'Haussez reemplazaron á Chabrol y Courvoisier. Quiso ademas el gobierno procurarse un apoyo en el ejército; pero los soldados que conquistaron Argel, solo vencieron por la Francia y no por ningun partido. En vano puso en ejecucion toda su astucia, en vano recurrió á las amenazas: los colegios electorales de distrito, sobre ciento noventa y ocho diputados, reeligieron ciento y diez de los autores de la mencionada contestacion, y ademas treinta individuos liberales; en los colegios de departamento tampoco favoreció la suerte al gobierno, y la noti-

cia de la toma de Argel, que en cualquier otra coyuntura hubiera llenado de satisfaccion la Francia entera, recibióse con frialdad por los liberales y con júbilo amenazador por el bando absoluto. Termináronse en fin las elecciones; de cuatrocientos veinte y ocho diputados, contaba la oposicion con doscientos setenta votos seguros, y se habian reelegido doscientos dos de los doscientos veinte y uno, de manera que solo le quedaban al ministerio ciento cuarenta y cinco votos. Sabido este resultado, y antes que estuviesen completamente terminados los trabajos electorales, el consejo de ministros ocupóse seriamente en discutir la cuestion de las ordenanzas, como único medio de ahogar de una vez el partido liberal y consolidar el absolutismo; hubo sin embargo un momento de duda, y sea que esta disposicion no estuviese todavia resuelta, ó lo que es mas probable, que se considerase indispensable guardar el mas profundo secreto, muchos diputados recibieron la primera noticia de la disolucion de la cámara con los pliegos cerrados que les mandaban acudir á la sesion legislativa. En fin el 25 de julio, de repente publicanse las fatales ordenanzas; la primera suspendia la libertad de la prensa periódica, quedando los periódicos sujetos para su publicacion á una autorizacion especial del gobierno, que debia renovarse cada tres meses, y podia revocarse á cada instante; la segunda disolvia la cámara de diputados sin aguardar á que se constituyese, es decir, el gobierno se tomaba la libertad de anular las elecciones porque no le habian sido favorables; y la tercera cambiaba y complicaba de tal manera la ley electoral, que la autoridad y los grandes propietarios quedaban dueños del campo. Y sin embargo apoyábase tan ilegal sistema en el artículo catorce de la Carta; que nunca para semejantes actos faltan pretextos y apariencias de legalidad, mayormente cuando al redactar una constitucion se dejó especiosamente una puerta abierta á las arbitrariedades del poder.

Asi el trono arrojaba el guante á la nacion, que sacudiendo el pasmo que tan inaudita osadía le causára, levantóse como un solo hombre y aceptó el desafío. Pasóse el primer día en la calma, y el gobierno se acabó de convencer de que todo pararia en murmullos y enérgicos discursos; pero aquella

calma era terrible, y rebentó la agitacion luego que dieron la señal de resistencia los que primero estaban obligados á obedecer las ordenanzas, los escritores. Por su ardor natural bastante dispuesto está siempre el pueblo á rebelarse contra el gobierno; pero para atreverse á ello, preciso es que la clase media rompa el ataque: he aquí porque la suerte de todos los gobiernos se funda en esta clase, esto es, en la opinion. Reuniéronse en la imprenta del *Nacional* cuarenta y cuatro redactores de varios periódicos, y allí firmaron la famosa protesta redactada por Thiers, Cauchois-Lemaire y Chatelain, en que, despues de manifestar cuan ilegales eran las ordenanzas, declaraban su resolucion de oponerse á ellas, é invitaban á los diputados elegidos á verificar su convocacion el dia señalado, que era el 3 de agosto. Á consentirlo los estrechos límites que nos hemos impuesto, copiaríamos entera aquel acta memorable, verdadero principio de la Revolucion; pero séanos permitido al menos presentar aquí algunos de sus párrafos:

«Seis meses ha que cundia la voz de que serian violadas las leyes, y se daria un golpe de estado; pero la sana razon no permitia creerlo, y el mismo ministerio impugnaba semejante suposicion, graduándola de calumnia. ¡Y sin embargo el *Monitor* acaba de publicar estas memorables ordenanzas, compendio de la mas arbitraria violacion de las leyes! El régimen legal está, pues, interrumpido, y empieza el de la fuerza.

«En semejante situacion, la obediencia deja de ser un deber. Los primeros ciudadanos, que las indicadas ordenanzas sujetan á tan terrible prueba, son los escritores; ellos, pues, deben tambien dar los primeros el ejemplo de resistencia contra la autoridad que se ha despojado del carácter legal....

«El gobierno acaba de perder el carácter legal, único que prescribe la obediencia. Nosotros nos resistiremos en cuanto nos concierne; á la Francia toca resolver cual debe ser su propia resistencia.»

Asi terminó el dia 16 de julio, y los ministros pudieron todavia soñar en sus proyectos de retroceso, creyendo que el trastorno y variacion de la ley fundamental era asunto meramente gubernativo.

Estaba reservado al 27 romper el ataque, y ser el primero de los tres famosos días que derribaron el trono de una dinastía. Así como los escritores fueron los que dieron la señal de alarma, asimismo la lectura de los periódicos y los efectos de su prohibición fueron las primeras escenas de este día. Los realistas llenaron sus columnas de elogios á las ordenanzas, que procuraron presentar como necesarias y utilísimas medidas; pero era insignificante su influencia sobre la mayoría de la población, que no leyéndolos les dió el desprecio que se merecían. Aunque el *Constitucional* y los *Debates* no osaron publicarse, aquel mismo silencio hablaba mas que sus discursos, y el *Nacional*, el *Tiempo*, etc. saliendo á luz sin autorización y conteniendo la protesta, acabaron de enardecer los ánimos; y con la rapidez del rayo circularon por todos los mas ocultos parages de París, y marcharon á los mas lejanos departamentos, burlando cuantos esfuerzos hizo la policía para detener su publicación. Irritada esta, pasó á ocupar y destruir el local de sus imprentas; los editores opusieron la mas vigorosa resistencia, y recibiendo refuerzo los comisarios y tropa, allanaron las puertas, se apoderaron de los papeles de la redacción, y mandaron romper las prensas por empleados de la cárcel, pues ningun oficial impresor ni herrero quiso ser instrumento de tan violenta orden. Entretanto no cesaban los gritos de los impresores, las acaloradas protestas de los editores y las réplicas de los individuos de la policía; la muchedumbre respondía con feroces aclamaciones desde la calle de Richelieu y de la plaza de los italianos donde se vendían aquellos periódicos; y en el jardín del Palais-Royal formábanse numerosos grupos que con la mayor avidez y ansiedad escuchaban la famosa protesta, que leían en medio de cada uno varios jóvenes, añadiendo al ardor del escrito el fuego que á su voz y ademanes prestaba la conmoción que les agitaba. Pero mandando la policía cerrar las verjas, el pueblo se fué á la calle de Saint-Honoré y á la plaza del Palais-Royal, que ya ocupaban los gendarmes. Al verlos, no conoció ya límites la efervescencia popular; los grupos, compuestos de estudiantes, jóvenes de toda clase, y jornaleros despedidos de las fábricas, espresaban su indigna-

ción con solo los gritos de *viva la Carta! fuera las ordenanzas! fuera los ministros!*, pues carecían de gefes y de armas. Pero pronto se las procuraron, allanando varias tiendas de armeros y saqueando cuantos despachos de pólvora hallaron á mano, mientras cerrándose al verlo todas las demas tiendas, acabaron de consumar la insurrección, á la cual marcharon los desocupados oficiales y mancebos.

Entretanto una escena imponente pasaba en la Lonja, donde se reunió el tribunal de comercio. No queriendo el impresor del *Correo francés* estamparlo por no contravenir á la real orden; los editores le citaron ante aquel tribunal, que emitió el memorable fallo de que: «*Considerando que esta ordenanza no podia ser obligatoria ni para la sagrada é inviolable persona del rey, ni para los ciudadanos, contra cuyos derechos atentaba*», condenaba al impresor á verificar la impresión del periódico en el término de veinte y cuatro horas. La firme y segura voz de M. Ganeron, que lo pronunció, sobrepusó el rumor de los ataques que en aquel momento daba al pueblo la fuerza armada, y los clamores del gentío que empezaba á resistirse. Volaban las piedras lanzadas contra los gendarmes, que contestaban con sendas cargas de caballería, particularmente en la plaza del Palais-Royal, en el boulevard de las Capuchinas, en la calle Neuve-du-Luxembourg, y hasta en la misma puerta de la casa de Casimiro Perier, donde se reunieran una porción de diputados.

Hallábase la corte en Saint-Cloud, y aun la víspera habia ido el rey á cazar á Fontainebleau; pero al saber la fermentación en que París estaba, ordenó al duque de Ragusa que fuese á tomar el mando de la división que guarnecía la capital: y verificándolo, al mediodía estableció Marmont su cuartel general en el Carrousel.

Unos treinta diputados reuniéranse en casa de Perier, bajo la presidencia de Labbey de Pompières; abriéronse las discusiones, que fueron vivas y animadas, pero no concluyentes, pues la indecisión, y tal vez el temor reinaban en aquella asamblea. Nadie vaciló en declarar anticonstitucionales las ordenanzas, pero pocos se espresaron en los mismos términos en cuanto á la resistencia que á ellas se debía oponer, y en

cuanto al modo de oponerla. El ruido del combate, los acalorados discursos de varias comisiones que en nombre del pueblo se presentaron, los gritos que resonaban en el zaguan de la misma casa acabaron de introducir la confusion en la junta, que sin haber resuelto nada se separó para reunirse el dia siguiente en casa de Andry de Puyraveau.

Ocupados desde las cuatro de la tarde el Carrousel, plaza de Luis XIV y los boulevards, destacáronse crecidas patrullas de caballería que con solo el arma blanca disiparon los grupos. Pero á las seis, era tanto el gentío, que en la calle de Saint-Honoré y en la de Richelieu quedaron los gendarmes como sitiados, mientras silvaba en su derredor espesa y continua lluvia de piedras. Pidió su comandante refuerzo al duque de Ragusa, quien, no fiándose de las tropas de línea, que parecian poco dispuestas á pelear contra el pueblo, puso en movimiento varios piquetes de guardia real. Recorrieron estos la calle de Saint-Honoré y las adyacentes, y solo con un vivo fuego de peloton pudieron abrirse paso y deshacer las primeras barricadas que se formáran. Despues de algunas descargas, restablecióse al parecer la tranquilidad, pero era una tranquilidad espantosa, y á la cual debia suceder mas violenta esplosion. A las once quedaron desiertas las calles; una profunda obscuridad reinaba en todas partes, pues nadie se habia atrevido á encender los faroles que escapáran de las balas y las piedras, y dijérase que la mayor parte de los barrios estaban desiertos. En medio de aquel sombrío silencio reuníanse ocultamente en varios puntos los habitantes y concertaban sus preparativos de ataque para el dia siguiente; la disuelta guardia nacional aun conservaba sus armas; todos en fin se animaban para no desistir de la empresa, y esperaban ansiosos la próxima aurora.

Entretanto, obcecados los ministros en no ver en aquella insurreccion mas que un mero motin y confiados en la disciplina de las tropas, contentáronse con reforzar un tanto la guarnicion, y con declarar á Paris en estado de sitio en caso de nueva asonada. De este modo desmoralizado, por decirlo así, el gobierno por el sentimiento de sus mismos atentados, no obró felizmente con la energía que tal vez le hubiese dado

la victoria. Dueño de la colina Montmartre y de la artillería de Vincennes, no pensó en valerse ni de una ni de otra; pues es menester una profunda conviccion del derecho de sí mismo para atreverse á ametrallar un pueblo, y el que no cree en la justicia y escelencia de su causa rara vez es vencedor.

Apenas amaneció el 28, reuniéronse en varios puntos grupos mucho mas numerosos que el dia anterior, armados con picas, barras de hierro, palos y con cuanto encontraban á propósito, y muchos con pistolas, sables y fusiles. Fórmanse al punto barricadas, compuestas de carruages volcados, toneles, cajas llenas de las losas del empedrado que son arrancadas de su lugar, y con vigas y maderos; las piedras que sobran son llevadas á lo alto de las casas para arrojarlas sobre la tropa en caso de ataque, y en un momento son saqueadas todas las tiendas de armeros y estanquillos de pólvora, y destruidas todas las muestras que contenian las insignias reales. Con la misma rapidez son desarmados los bomberos, fusileros sedentarios y cuerpos de guardia aislados. De nuevo aparece en las calles el uniforme de guardia nacional, y la vista de aquellos valientes ciudadanos, que enteramente uniformados van á combatir al lado del pueblo, en todos los corazones enciende nuevo valor y nuevo deseo de sacrificarse por la libertad. Desde aquel punto rompe el pueblo el ataque, y se apodera de los molinos de pólvora, del arsenal, del depósito de armas y de artillería de Santo Tomas de Aquino, y de la cárcel militar; al mismo tiempo marcha á las Casas Consistoriales, fuerza las puertas, sube á la torre, y tocando á rebato, enarbola en la punta del reloj la bandera tricolor con banda negra, mientras tambien ondea en las viejas torres de Nuestra Señora, cuya campana mayor con broncos y hondos sonidos no cesa de llamar los habitantes á las armas. Ningun exceso, ningun borron manchó aquellos primeros hechos, y el mismo prefecto del Sena esperimentó la generosidad de aquellos sublevados, que le permitieron permanecer tranquilo en un aposento de las Casas Consistoriales, despues de arreglar los papeles mas importantes de la administracion y de dejarlos asegurados junto con el tesoro público.

Entretanto permanecian quietas las tropas en sus cuarteles cuando el duque de Ragusa recibió repentinamente la orden que declaraba Paris en estado de sitio, y que por consiguiente le revestia de todas las facultades; y como no se diéran las prévias disposiciones que tales casos exigen, hallóse paralizada la accion de la policía y demas autoridades, sin que todavía hubiese el mariscal podido formar su plan para suplirlas. Formada á las nueve la tropa en las plazas del Carrousel y de Vandome, y en los Campos-Elíseos, y ocupados los boulevards, plaza de la Bastilla, del Panteon y el palacio de Justicia, mandó Marmont que una corta patrulla de guardia real fuese á posesionarse de las Casas Consistoriales: ¡tan poco enterado estaba de los acontecimientos! Ya por las calles de su tránsito fué saludada la patrulla con los gritos de *viva la Carta! abajo el ministerio*, á los cuales siguieron sendas pedradas y fusilazos: pero al llegar á la plaza de la Grève, tan vivo fué el ataque que vióse destruida y desarmada, escapando con vida pocos soldados. Un batallon vino despues á su socorro, y logrando libentar sus restos, tuvo tambien que ceder, y emprendió la retirada, no sin sufrir un vivo fuego que salia de las casas, de los parapetos y de la opuesta orilla del rio, hasta entrar en las Tullerías con considerable pérdida y muchos hombres fuera de combate. Entonces, merced á los continuos partes que de todos puntos recibia, pudo Marmont juzgar del verdadero estado de los acontecimientos; y envió un edecan á Saint-Cloud con un oficio en que manifestaba al rey que *ya no era un motin, sino una revolucion* lo de Paris; que convenia disponer medidas de pacificacion, y que peligraba tal vez el honor de la corona, que podria verse seriamente comprometido al menor retardo en acordar disposiciones oportunas y eficaces. Pero no por esto descuidaba el mariscal las operaciones; queriendo apoyarse en los puntos ya indicados, pasó á combinar las líneas que debian servir de comunicacion entre todos, y que cruzaban por los barrios mas ardientes y populosos; y al efecto formó cuatro columnas de ataque, cuyos movimientos y direccion veremos luego.

Reuniéranse los diputados en casa Andry de Puyraveau; muchos eran los que faltaban, pero la presencia de Lafitte y

de Lafayette, que al saber los sucesos de Paris acudieran presurosos desde considerable distancia, reanimaba un tanto el casi apagado valor de los concurrentes. Allí, entre el estrépito de las descargas y las frecuentes interrupciones que motivaban los que venian á referir las sangrientas escenas de que fueran testigos, aprobóse la protesta que presentó Guizot, y nombróse una comision, compuesta de Lafitte, Perier, Gerard, Lobau y Mauguin, para que fuese inmediatamente á verse con el duque de Ragusa, á fin de pedirle una tregua, mientras acudian al rey y esperaban su resolucion. Disolvióse tras esto la asamblea, y señalóse la casa de Berard para volver á reunirse por la tarde, y oir el resultado de la comision.

Llegó esta á las dos y media al cuartel general de Marmont, cuando estaba en su mayor calor el combate y tal vez medio derrotadas algunas de las columnas. Recibióla con atencion y agrado el duque; y oida la patética relacion que hizo Lafitte del triste cuadro que estaba ofreciendo la capital de la Francia, y los peligros que corria la estabilidad del mismo trono, contestó con dolor que se veia atado por órdenes terminantes á cuyo cumplimiento el deber y el honor le obligaban, y que el único medio de evitar la efusion de sangre era que el pueblo obedeciese, pero que aplaudia el que se diese conocimiento al rey del estado de las cosas, encargándose el mismo de ello. Entró en esto un oficial que le entregó un billete y le habló al oido; preguntó en seguida el duque á los diputados si tendrian repugnancia en apersonarse con Polignac, y contestándole ellos que no, entró en un aposento contiguo, de donde salió á poco rato, diciéndoles que el ministro no consideraba oportuna por entonces la entrevista. Retiráronse, pues, los diputados á esperar la respuesta del rey, que prometió comunicarles el duque, y al salir, en presencia de los numerosos gefes que meditabundos y afligidos llenaban las salas, le dijo Lafitte que, si la contestacion no fuese cual convenia á las circunstancias y á la libertad, decididos estaban todos los diputados á lanzarse en la revolucion con bienes y persona. Inmediatamente envió á Saint-Cloud el mariscal uno de sus edecanes, el coronel Komierowski, con el oficio que daba

cuenta á S. M. de las instancias de los diputados, al paso que el enviado debía de viva voz referirle cuanto habia visto para pintarle la verdadera situacion de la capital, que entonces en todas partes resonaba con el estruendo del combate.

Salió de las Tullerías la primera columna de ataque, encargada de la toma de las Casas Consistoriales, al mando de un mariscal de campo, y pasando el Puente Nuevo llegó al mercado de las Flores, de donde se dirigió á la plaza de la Grève. Mientras el general daba estas disposiciones, pusieron en movimiento los grupos que ocupaban la plaza y sus cercanías, y con cierto orden marcharon á apoderarse del puente de Nuestra Señora, por donde tenia que pasar la columna. Rompieron el fuego, y á favor de algunos cañonazos que hicieron en el pueblo considerable estrago, pudo aquella desembocar en el muelle de Greves, apesar del vivo fuego que desde las calles de Arcis y de la Tannerie le hacian; continuó marchando por el muelle Lepelletier, y llegó por fin á la plaza de la Grève, despues de vencer infinitos obstáculos y de haberse abierto paso con continuas descargas y á la bayoneta. Retiróse el pueblo á las calles y encrucijadas vecinas, de donde prosiguió el tiroteo, mientras de todas las ventanas llovian piedras y balas sobre los soldados, que sostenian su posicion con intrepidez. Pero hacia cuatro horas que duraba el combate; los tiradores del pueblo, situados en el muelle de la *Cité*, no dejaban un momento de descanso á las tropas, y muy mal parada estaba ya la guardia real, cuando por el muelle de la Greve vino á su socorro un batallon del regimiento número 50.º precedido de un escuadron de coraceros. Cargó entonces el pueblo con mayor furia y en doble número, y viendo el general con cuanta repugnancia se batia la tropa de línea, resolvió ceñirse á la defensiva, para cuyo fin mandó que sus fuerzas se concentrasen en las Casas Consistoriales. Llegó poco despues un batallon de suizos, y volvió á comenzar la lid con mayor encarnizamiento; las barricadas de las calles de Mouton y de los Arcis pasaron sucesivamente del poder del pueblo al de los soldados, que despues de mil prodigios de valor tuvieron que volver á la defensiva. Corria la sangre en abundancia; no cedian los combatientes, y solo

lo noche puso término al conflicto de la columna, que por medio de un sargento disfrazado de paisano recibió la orden de replegarse como mejor pudiese á las Tullerías: el coronel Komierowski habia traído de Saint-Cloud para Marmont el mandato de que sin pérdida de tiempo concentrase todas sus fuerzas en las plazas del Carrousel y de Luis XV, y operase en grandes masas. Asi contestaba la corte á la manifestacion de los diputados, y de este modo el necio orgullo de los palaciegos creia sofocar aquella revolucion, cuyos progresos no queria creer.

La tercera columna, que debia combinar su movimiento con la primera, echó por la calle de Richelieu, salió á los boulevards, y marchando arma al brazo acercábase á la Puerta de Saint-Denis, sin haber sufrido ningun ataque, cuando desde lo alto del arco le dispararon algunos tiros. Vencido aquel inconveniente, y dejando en aquel punto un reten para esperar á un batallon que allí debia acudir, continuó su marcha, y al llegar á la Puerta de Saint-Martin, donde habia una fuerte barricada, recibióla una recia descarga, á la cual contestó con otra y con algunos cañonazos, que dispersaron el pueblo y desbarataron el parapeto, pudiendo de este modo llegar á la plaza de la Bastilla, que rebosaba en gentío. En vano procuró el general Saint-Chamans calmar el furor y agitacion que allí reinaba; en vano repartió todo su dinero entre los mas pobres, pues tuvo que hacer despejar la plaza; y retirándose el pueblo en las calles vecinas, rompió desde ellas y desde todas las ventanas un fuego mortífero, que pronto se cruzó con el de la tropa. Trató, pues, el general de continuar su marcha, y para ello destacó varias partidas que reconociesen la calle del arrabal de Saint-Antoine, las cuales cumplieron su mision, y envió algunos piquetes de lanceros, coraceros y gendarmes á la otra calle del mismo nombre. Pero estaba esta erizada de barricadas que incesantemente vomitaban la muerte; de las ventanas llovian piedras, muebles y maderos, y los desgraciados soldados de caballería perecieron casi todos víctimas de su ardor y arrojo. Conociendo entonces el general que ya no podia mantenerse en la plaza, ni emprender la marcha por aquella funesta calle, pasó el

Sena por el puente de Austerlitz, y por los boulevards exteriores regresó á las Tullerías.

La segunda coluna, compuesta de suizos en su mayor parte y al mando del mariscal de campo Quinsonnas, emprendió la marcha por la calle de Saint-Honoré, donde encontró poca resistencia; pero al llegar al mercado de los Inocentes, lugar de su destino, fué atacada con vivo fuego de fusil, mientras zumbaban por el aire los ladrillos, muebles y toda clase de proyectiles que salian de las casas. Pudiendo al fin despejar la plaza, no por ello dejó de combatir el pueblo. Disminuida la coluna de un batallon, que enviado á reconocer la calle de Saint-Denis no pudo regresar á la plaza, veía aumentarse lo crítico de su situacion con la falta de municiones que ya se iba notando en las filas, al paso que estaban cortadas todas sus comunicaciones con las Tullerías. Allí y en las Casas Consistoriales fué donde el pueblo desplegó mas valor, y donde las tropas arrojaron mayormente la muerte con una serenidad digna de mejor causa. En semejante apuro, disfrázase un edecan con los vestidos de un difunto paisano, y va á llevar la noticia del conflicto de su coluna al duque de Ragusa, que en aquel momento acababa desaber el del general Saint-Chamans. Al punto mandó que fuese un batallon suizo al mercado de los Inocentes, donde llegó despues de superar mil obstáculos; y entonces Quinsonnas emprendió la retirada, que tambien fué una prolongada lucha.

Saliendo la cuarta coluna de los Campos Elíseos al mediodía tomó la calle del arrabal de Saint-Honoré, y á su paso desarmó un piquete de nacionales, que se hallaba en la alcaldía del primer distrito. Al mismo tiempo, desde la Magdalena partió contra ella un bien sostenido fuego de fusilería, que le precisó á retardar un tanto su marcha; pero arrojados los agresores de detras de las paredes que circuyen la iglesia, siguió andando por los boulevards, y regresó á los Campos Elíseos. Asi pues, á escepcion de la primera coluna, todas habian operado su retirada antes de anoecer; solo aquella quedaba aun envuelta en los mismos peligros que la cercáran durante todo el día, y tuvo que esperar las doce de la noche, cuando era mas profunda la obscuridad y mayor la

fatiga que agotára las fuerzas de los combatientes, para abandonar las Casas Consistoriales, á retirarse á las Tullerías. Pero lejos de encontrar allí una mano amiga que reanimase su espíritu con el mas leve refresco, aquellos valientes soldados, espirando de hambre y de sed, tuvieron que aguardar el siguiente dia para saciar una y otra; á tanto llegó la imprevision y ligereza de la corte, que creyendo, como decia, *bastaban un cabo y cuatro soldados* para disiparlo todo, ni siquiera pensó fuese menester aprontar raciones para sus defensores. Cundió el desaliento por las filas, y la misma guardia hizo oír descontentos murmullos. Los pobres soldados mostraban la mayor repugnancia al batirse, y puede afirmarse que donde quiera se presentó la tropa de línea, no se ensangrentó el combate, como si todo el furor del pueblo se cebase en el cuerpo privilegiado de la guardia y en los gendarmes. Viendo, pues, los ministros y el mariscal el resultado de las operaciones de aquella jornada, inmediatamente espidieron las órdenes conducentes para que á marchas forzadas acudiesen á Paris ó á Saint-Cloud los varios destacamentos de la guardia real que guarnecian Beauvais, Orleans, Rouen y Caen, y las tropas del campo de Saint-Omer y de Luneville.

La indecision continuaba reinando en la asamblea de los diputados; tanto que, declarando el editor del *Tiempo* que no insertaria en él la protesta de aquellos si no la autorizaban con su firma, y viendo el temor que de verificarlo manifestaban varios individuos, propuso uno un medio de no firmar, y era, imprimir á continuacion de la protesta una lista de los diputados encabezada con esta frase: *Estaban presentes....* en que se pidió se pusiesen tambien los nombres de los que no se hallaban en Paris. Apoyó Laffitte la proposicion, y oyéronse entonces estas memorables palabras, que por sí solas son una profunda reflexion sobre tales coyunturas: «Así, si somos vencidos, nadie habrá firmado, y si vencemos, tendremos toda esta lista, porque nadie negará su firma.» Aquel desinteresado y virtuoso ciudadano fué el primero que clamó por tomar formalmente las armas, y ponerse al frente de las masas, que se hacian matar sin direccion; y al fin tuvo la satisfaccion de ver confirmada su mocion por Mauguin, Lafayette, Delaborde,